

La «descripción extrañada» de América en las crónicas y en las novelas históricas contemporáneas

ROSA MARÍA GRILLO

Sin duda alguna ya desde las primeras crónicas y cartas de relación es la vista el sentido privilegiado y la fuente de toda verdad: se puede contar sólo lo que se ve y rechazar lo que viene a través de los demás sentidos. A este código historiográfico obedecen tanto capitanes y cronistas en sus relaciones oficiales como marineros y conquistadores en sus cartas y relatos privados: “y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve, mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca y por ser esta región tan cálida, no nos afirmamos que es nieve”, afirma Cortés¹, y en la misma dirección se mueve Luis Ramírez en una carta a su padre: “lo cual no escribo por parecer cosa de fábula hasta que placiendo a Dios Nuestro Señor yo lo pueda contar como cosa vista y no oída”². Partiendo de estas premisas prometedoras de veracidad absoluta, ya que garantiza describir sólo lo que ve, Ramírez delinea los indios del litoral brasileño siguiendo casi al pie de la letra, la primera, famosa descripción colombina: “La gente de esta tierra es muy buena y de muy buenos semblantes tanto los hombres como las mujeres. Son todos de mediana estatura, muy bien proporcionados, de color algo más oscuro que el cáñamo, y todos ellos y ellas se depilan el cuerpo entero, salvo los cabellos, y quienes no lo hacen se les considera bestias salvajes. Ellos son muy ligeros y muy buenos nadadores; sus armas son arcos y flechas, de los cuales tienen muchos”³. Es una descripción aparential, neutra, pero nos da una información que, si bien parece objetiva y consecuente con lo visto, está distorsionada por el prejuicio cultural: sólo la depilación puede ser la causa de la falta de barba. Es decir hay otro ‘sentido’, mucho más fuerte que la vista, que proporciona otras verdades y distorsiona las causas, el sentido, de lo que Ramírez ve: su modelo cultural, ajeno a la realidad descrita pero tan connatural a su consciencia y a su imaginario que constituye la Verdad a la que las otras realidades deben conformarse. La vista no lo ha engañado, efectivamente aquellos indios son imberbes, pero por otro motivo que los hombres blan-

¹ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, ed. Mario Hernández Sánchez-Barba, Madrid, Historia 16, 1985, pág. 65.

² Luis Ramírez, “Carta a su padre” (1528), cit. por Daniel Vidart, *El Uruguay visto por los viajeros*, I, Montevideo, Banda Oriental, 1999, pág. 74. Esta de Luis Ramírez, integrante de la expedición de Caboto, es la primera descripción del Río de la Plata.

³ Id., pág. 66.

cos barbudos no pueden ni imaginar. Exactamente como Colón, que juzgaba a los indios muy generosos porque “venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles [...] todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den, que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban”⁴. Colón había bien visto, pero mal interpretado: aquellos actos, ahora lo sabemos, no dependían de la supuesta generosidad del ‘buen salvaje’, sino de la diferente escala de valores de las dos culturas y de la ley del mercado de la oferta y la demanda.

Y en estas descripciones hay también otro elemento deformador, igualmente fuerte y capaz de encubrir lo que se está descubriendo: sobreponer a lo que se ve lo que se está buscando, es decir la realidad novelesca de Oriente, de los mitos, de bestiarios y fisiologías medievales, de los libros de viajes, empezando por el de Marco Polo, y hasta de las novelas de caballería. Como sintetiza Levi Strauss, “Los españoles partieron no tanto con el fin de adquirir nuevas nociones, sino a verificar las antiguas leyendas”. Quien inició este ‘despojo’ cultural, que tanto iba a influir en la sucesiva evolución de América Latina, fue el mismo Colón quien, “en su constante afán por identificar las nuevas tierras descubiertas con toda una serie de fuentes y modelos previos, llevó a cabo una indagación que oscilaba entre la invención, la deformación y el encubrimiento”⁵. Con estas palabras de Beatriz Pastor, pertenecientes al nivel del discurso crítico-referencial (por lo tanto no-ficcional) concuerda plenamente el narrador Roa Bastos al escribir que “El Almirante no es más que el precursor del Encubrimiento, puesto que a las tierras recién descubiertas superpuso sin más las del Oriente asiático [...] Además la encubrió de muchos otros modos”⁶.

No encontrando palabras suficientes, Bernal Díaz del Castillo parangona México a la ciudad de Amadís: “nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos”⁷, y a las de las naciones de grandes y antiguas civilizaciones, poniendo en el mismo nivel historiográfico las dos fuentes, la del ojo que lee y del que ve: “entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e en toda Italia y Roma y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto”⁸.

4 Cristóbal Colón, “Diario del primer viaje”, en Antonio Gutiérrez Escudero, *América: descubrimiento de un mundo nuevo*, Madrid, Istmo, 1990, págs. 169-172.

5 Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1985, págs. 20-21. Colón escribió haber divisado sirenas, serpientes marinas, grifos, cinocéfalos, cíclopes y hombres con rabo (cfr. Jorge Magasich-Jean-Marc de Beer, *América Mágica*, Santiago de Chile, LOM, 2001, pág. 165).

6 Augusto Roa Bastos, *Vigilia del Almirante*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pág. 68.

7 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, p. 179.

8 B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, ed. cit., pág. 201.

Conquista difícil ésta de contar cosas nunca vistas ni oídas: a estos “testigos de vista”, como se define Bernal Díaz del Castillo en el Prólogo, no le queda más remedio que enviar el mensaje ‘de ojo a ojo’ exagerando “los elementos ‘behaviorales’, de modo que el lector ‘mire’ (en vez de ‘escuchar’) el hambre, la angustia, el temor, el agobio de los desfallecidos descubridores”⁹, y también la flora, la fauna, los ritos y todo cuanto que, por ser nuevo y ajeno, no tiene nombre en su idioma: describir lo que se ve, acentuando los caracteres de diferenciación de lo que acababan de descubrir, para que los lectores europeos puedan ‘ver’ lo que está descrito. Un proceso de codificación y decodificación que pasa a través de aproximaciones visuales, de metáforas, comparaciones, antítesis, hipérboles, catacresis y otros recursos retóricos referidos a su propio mundo pero aplicados al mundo nuevo.

Efectivamente, con las crónicas estamos en plena historiografía medieval en la que las ‘marcas de historicidad’ son todavía las visuales¹⁰: la particularidad de la Conquista, su lejanía del ‘centro’, su carácter primerizo, la falta de fuentes y documentos precedentes (por el rechazo y la destrucción de los documentos indígenas) radicaliza aún más la importancia de la vista como única fuente de conocimiento y de Verdad. Si a esto añadimos que los textos sagrados y, en general, los ‘clásicos’ griegos y latinos, son considerados textos referenciales y depositarios de la única verdad, tanto en la historiografía como en la cartografía de la época¹¹, podemos ‘justificar’ tantos equívocos visuales, tantos espejismos y tantos perjuos: “La Sacra Escripura testifica que Nuestro Señor hizo al Paraíso Terrenal y en él puso el árbol de la vida [...] San Isidro y Beda y Estrabón y el maestro de la historia escolástica y San Ambrosio y Scoto y todos los santos teólogos conciertan que el Paraíso Terrenal es en el Oriente [...] Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sacros teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo”, escribe Colón durante el tercer viaje¹².

9 Jorge H. Valdivieso, “Realismo mágico en la ‘Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas’ de fray Gaspar de Carvajal”, en *Literatura hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, pág. 450.

10 En la antigua Grecia la Historia da noticias de lo visto o aprendido por medio de preguntas. En Italia, en el siglo XV, se empieza a afirmar la historiografía textual, basada en el estudio y la confrontación de las fuentes (cfr. Jorge Lozano, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Universidad, 1987) que, respecto a la Conquista, se impone entre los historiadores y los cronistas mayores a partir de Fernández de Oviedo quien, en sus numerosos viajes a Italia, tiene la oportunidad de acercarse a las tendencias del humanismo del tiempo y de confrontarse con Giambattista Ramusio, el cual ya aplicaba el método del contraste crítico. La Biblia era considerada fuente historiográfica, y sólo en el siglo XVII se empieza a discutir su naturaleza.

11 “Los siglos siguientes fueron testigos del inexorable ocaso del imperio [romano], extinguiéndose con él el espíritu racional [...] En la nueva Europa, ahora cristiana, se accedía a la sabiduría intuyendo los designios divinos. La Biblia irrumpió en todas las disciplinas del saber, y sus preceptos eran considerados fuente y expresión máxima del conocimiento” (Jorge Magasich-Jean-Marc de Beer, *América mágica*, ed. cit., pág. 13).

12 C. Colón, “Los cuatro viajes del Almirante”, en Antonio Gutiérrez Escudero, *América*, ed. cit., págs. 216-218.

Nos podemos preguntar, ¿a qué verdad nos acerca la vista?, ¿qué decir de sirenas, Amazonas, hombres con la cola o con pies de avestruz, ciudades y lugares encantados que tantos españoles juran haber descubierto y lo juran en nombre de un órgano, la vista precisamente, que entonces garantizaba la historicidad de un hecho o de un suceso, y ahora ya no nos garantiza nada y, al contrario, nos recuerda el carácter ilusorio de la percepción visiva? Sin duda emerge la realidad que corresponde al modelo cultural de la época y, como se diría hoy en día, al imaginario colectivo de aquel momento muy delicado de transición entre la cosmovisión medieval homogénea y hondamente condicionada por las Sagradas Escrituras, la mitología y las *mirabilia* medievales, y los conocimientos geográficos de la Antigüedad que, después del olvido durante los siglos ‘oscuros’¹³, vienen redescubiertos y confrontados con los nuevos conocimientos geográficos y las teorías renacentistas. Por lo tanto, la vista adquiere un valor añadido, el de confirmar o negar aquella única verdad que durante siglos se había creído fuera del alcance de dudas y necesidad de averiguaciones, y que ahora se ve amenazada por el ‘progreso’.

En cambio, hoy todos estamos convencidos, aunque no olvidemos que es conquista cultural muy reciente, que no existe la Verdad, que hay (casi) tantas verdades como hombres, y que la vista transmite al cerebro no la escueta imagen física, sino su elaboración e interpretación ‘cultural’; además, cualquier acaecimiento al volverse discurso se ‘ficcionaliza’, es decir que viene narrado a través del filtro de la cosmovisión de quien ve: “el concepto de verdad ha perdido su valor ontológico y absoluto y se entiende como una categoría pragmática y relativa a los marcos culturales, a los tipos de discursos y a los sistemas de creencias vigentes”¹⁴. Esta conquista filosófica y hermenéutica viene utilizada a menudo en las novelas históricas de las últimas décadas para avalar y sancionar ‘otras’ verdades o poner en ridículo costumbres y ritos a través de puntos de vista múltiples y contradictorios y de la utilización de la escritura ‘extrañada’ que, excluyendo cualquier proposición cognoscitiva y cualquier definición apriorísticas, confía sólo a la descripción la posibilidad de comunicar y descubrir —poner al descubierto— una verdad. *El reino de este mundo* (1949), la novela de Carpentier considerada precursora de muchos hábitos, corrientes, modalidades literarias¹⁵, presenta dos visiones opuestas del mismo acontecimiento para dar dos opuestas interpretaciones de la Historia: al ser ajusticiado Mackandal, lo que ven los negros de Haití (“Mackandal agitó su muñón que no habían podido atar [...] aullando conjuros desconocidos y echando violentamente el torso hacia adelante. Sus ataduras cayeron, y el cuerpo del negro se espigó en el aire, volando por sobre las cabezas, antes de hundirse en las ondas negras de la masa de esclavos”) no se corresponde a lo que ven los “muy pocos” blancos presentes (“agarrado por diez soldados, era metido

13 Daniel Boorstin ha hablado de “amnesia científica” por la cual lo imaginario y las creencias religiosas entraron sin averiguación alguna en todas las ciencias (*Les Découvreurs*, Paris, Laffont, 1986, pág. 101).

14 Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, EUNSA, 1998, pág. 34.

15 No quiero entrar en el debatido tema de la posmodernidad latinoamericana, que he afrontado en “La visione dei vinti nel romanzo storico latinoamericano”, *Cultura latinoamericana*, 2002, 4, y “Feminismo y posmodernidad en *Ella escribía poscrítica* de Margarita Mateo”, en *Homenaje a Hernán Loyola*, Messina, Lippolis, 2002.

en el fuego, y una llama crecida por el pelo encendido ahogaba su último grito”¹⁶). *La guerra del fin del mundo* de Mario Vargas Llosa termina con “yo lo vi” (dicho por una vieja, ‘vox populi’, al ver al ex cangaceiro João Abado llevado al cielo por los arcángeles) y toda la novela es una exaltación de la parcialidad del sentido de la vista y de la interpretación de la Historia que de ella deriva, llegando al extremo de afirmar una verdad ‘vista’ con los ojos del fanatismo (no olvidemos que los cristianos ‘vieron’ a Santiago durante la batalla de las Navas de Tolosa) o con ojos objetivamente minusválidos: el periodista miope en el momento típico de la masacre del séptimo regimiento pierde las gafas y desde entonces, durante cuatro largos meses, ve sólo sombras, fantasmas, siluetas. Pero por eso mismo, ha podido sustituir a la vista otras competencias: ha preguntado, olfateado, escuchado y ... adivinado —lo confiesa él mismo—, lo que es más que suficiente para escribir su historia de Canudos. Nadie duda del carácter de novela histórica de estos dos textos y de su fidelidad a los hechos así como han sido transmitidos por la historiografía oficial: fidelidad a los hechos pero no a su interpretación y al *discurso* que sobre aquel hecho han construido los vencedores, cuya versión hasta hace poco era la única que tenía dignidad y tenor de Verdad. Relatando lo que ven los blancos y lo que ven los negros Carpentier escinde la Historia de Haití en historia escrita por los franceses e historia transmitida oralmente por los negros, así como fraccionando la Historia de Canudos (la contada por Euclides de Cunha) en las historias vistas y vividas por los numerosos coprotagonistas, Vargas Llosa construye un mosaico de verdades parciales en las que el lector se pierde en la imposible búsqueda de la Verdad.

La vista, como hemos dicho, motiva también la escritura ‘extrañada’ que sustituye la síntesis nominalista propia de lo conocido con el análisis descriptivo indispensable para comunicar lo nuevo. Recurso éste muy eficaz para subrayar la ‘otredad’, la imposibilidad de comunicación, la visión necesariamente limitada y superficial de quien no comparte el código dominante.

El paso de Colón describiendo el primer encuentro con los indios es modelo para otros cronistas así como para los narradores que con intento crítico y/o paródico relatan un ‘primer encuentro’: hartos conocida es la descripción de García Márquez en *El otoño del patriarca*, verdadero ‘canto paralelo’, pero al revés, de ese fatídico primer encuentro; y hay también ejemplos de indios mirando a Europa, ‘extrañados’ e incrédulos: “El rey hablóles largo tiempo; y se les mostró nuestra manera de ser, nuestra pompa, la forma de una hermosa ciudad. Tras esto, alguien pidió su opinión, queriendo saber qué les había parecido más admirable [...] Dijeron que [...] habían observado que había entre nosotros, hombres ricos y colmados de todas suertes de comodidades, mientras sus mitades mendigaban a sus puertas, descarnados de hambre y pobreza; y que hallaban extraño que estas mitades menesterosas pudieran sufrir tal injusticia sin acogotar a los otros y sin pegar fuego a sus casas”¹⁷.

A estos arquetipos sin duda se inspira Alejandro Paternáin en *Crónica del Descubrimiento*, ejemplo para mí insuperable de descripción extrañada con efectos cómi-

16 Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, La Habana, Letras cubanas, 1984, págs. 40-41.

17 Michel de Montaigne, “De los Caníbales”, *Ensayos*, T. I, Madrid, Cátedra, 1985, págs. 277-278. Un episodio similar lo encontramos en *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier.

cos y satíricos, que desmontan las arquitecturas de nuestra cultura que, a pesar de su complejidad, nos parecen totalmente ‘naturales’.

El hecho de definir *Crónica del descubrimiento* —descubrimiento de Europa-Uropei por una tribu americana— una novela histórica es sin duda un desafío al patrón tradicional del género porque la Historia nos ha enseñado que la trayectoria del encuentro-choque entre viejo y nuevo mundo fue desde Europa hacia América y no al revés. Pero si consideramos las novelas históricas hispanoamericanas de las últimas décadas como subgénero, o como una etapa en el proceso evolutivo genérico, con sus infracciones del modelo clásico romántico-realista y su decidida vocación revisionista y reivindicativa respecto a la historia oficial, y si nos fijamos en la esmerada reconstrucción de ambientes, costumbres y acontecimientos de la España de finales del siglo XV que hace Paternáin, sin duda podemos incluir esta obra en el subgénero así delimitado como lo hace también Elzbieta Skłodowska en el capítulo “La novela histórica revisitada” de su libro *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*¹⁸.

El cronista indiano que desembarca en Europa, aunque consigue aprender palabras y modismos de los nativos, no puede atravesar la superficie fenoménica y llegar al sentido de lo que ve y oye: pero describiendo estrictamente lo que ve, ‘descubre’ para nosotros verdades y mentiras, la relatividad de cualquier creencia, rito, costumbre. Primero narra un encuentro en la niebla, en pleno océano, entre las piraguas de los mitones (la tribu que en 1492 navega hacia oriente para ir hacia la fuente del sol) y las carabelas de Colón: “Eran tres embarcaciones muy grandes y panzonas, como porongos del trópico [...] Quienes las tripulaban debían ser criaturas primitivas que aborrecían el mar, pues habían derrochado madera para hacer unas especies de mangrullos en donde viajaban sin salpicarse [...] Llevaban sus cuerpos interamente tapados por trapos multicolores y dejaban sólo al aire caras y manos [...] Eran de una palidez inusitada, como la de los enfermos. Más aún: como la de los hombres desangrados por las hechicerías de los añang, como los espectros malditos que rondan en las noches de luna las tolderías”¹⁹. Exactamente como Luis Ramírez y como Colón, de la evidencia factual (las formas de las carabelas, la blancura de la piel) el cronista mitón saca conclusiones lógicas y consecuentes según el código del comportamiento de su cultura, pero disparatadas para nuestra cultura. El cronista de los mitones entona luego un verdadero himno al órgano de la vista, a partir de la cual se hace la Historia: “tal vez por temor irracional (cosa explicable en salvajes), tal vez porque la niebla, densísima al ras de agua, ocultaba nuestras embarcaciones, los tres veleros mantuvieron imperturbables su dirección”, sin contestar a las señas de saludo y de invitación al encuentro de los mitones. En la ficción de Paternáin, la vista corta de aquellos navegantes y la niebla causaron un desencuentro²⁰ que condicionó el curso de la Historia. En cambio, la vista se afirma como la única forma de conocimiento para los mitones que desde lejos intentan interpretar lo que ven: “Levantando nuestras

18 Cfr. Elzbieta Skłodowska, *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins Publishing Company, 1991.

19 Alejandro Paternáin, *Crónica del Descubrimiento*, Montevideo, Banda Oriental, 1980, pág. 43.

20 Cfr. mi “Hacia un descubrimiento de Europa”, *Actas del Congreso Encuentros y desencuentros*, Gran Canarias, julio 1992, “Río de la Plata”, 1996, 15-16, págs. 11-20.

cabezas y torciendo los cuellos hasta dolernos la nuca, vimos cuanto se podía ver: los altos navíos iban plagados de objetos que usarían para ensalmos y hechicerías, y los hombres se movían sin parar, de un lado a otro, trabajando más y peor que los esclavos [...] Uno solo vimos que no trabajaba. Parecía el más pálido de todos, y tenía una expresión ansiosa y, a la vez, hondamente triste [...] Pude ver, entre telas neblinosas, que el sitio donde seguramente el hombre dormía era apenas como la cuarta parte de un toldo, pintado de azul, y que dentro de ese cuartito azul, lucía un retrato de una mujer muy pálida, con un raro artefacto amarillo y pinchado puesto en la cabeza, un palo en la mano derecha y en la izquierda [...] una esfera”²¹. Al llegar a Uropei, el encuentro cercano no es menos cómico ni menos parcial: los mitones ven lo que su cultura les permite ver, un continente desconocido y con un nivel de civilización muy diferente, incomprensible y, por lo tanto, ‘inferior’. Naturalmente es la esfera espiritual la que se presta mayormente a la descripción ‘extrañada’ con el efecto de hacernos meditar sobre nuestros mismos ritos y creencias: “Estas gentes juran creer en un dios que está en todas partes, pero sólo lo adoran en edificios especiales, tan sombríos y helados como el que nos sirvió de escondite. Aseguran también que el dios todo lo sabe y todo lo ha creado, con lo cual no se diferencia mucho del dios verdadero, Tebiché, a quien tenemos la suerte de adorar [...] Tienen tantos brujos que nadie de nosotros los hubiera soñado siquiera. No son propiamente brujos: sus poderes resultan ilusorios y parecería que aquí todo el mundo se deja embaucar por puro gusto. Los más encumbrados se llaman sacerdotes, los comunes frailes, y yo diría que la mitad de la población desempeña tal oficio. El poquísimo saber que tienen lo sacan de unos montones de papeles denominados libros, y si no fuera por esos trastos, nada sabrían y nada recordarían. Son tan frágiles de memoria que acumulan sus apuntes en casas especiales —las bibliotecas— y deben molestarse hasta allí cuando necesitan resolver problemas que van desde el cuidado de los cerdos hasta la ubicación de las estrellas”²².

El cronista, que va cuidadosamente anotando palabras, modismos y costumbres españolas, a medida que aprende a nombrar el mundo nuevo según el código de los nativos, va perdiendo la sabiduría imaginativa mitona así como la irónica y brillante escritura ‘extrañada’: renunciando a su propio vocabulario y a su propio punto de vista ha renunciado también a dominar el Nuevo Mundo, a ‘inventarlo’ con la palabra, según la brillante formulación de E. O’ Gorman.

Esta escritura ‘extrañada’ tiene varias funciones en la novela: la de imitar —parodiándola— la escritura de los cronistas europeos, que utilizaron inconscientemente esa forma de relatar cosas desconocidas y para ellos sin nombre; la de dar una imagen distorsionada de objetos, costumbres, funciones de la sociedad —en este caso española— para que nos percatemos de lo ridículo e inmotivado de nuestros actos fuera de un contexto conocido y aceptado; la de proponer una posible ‘visión de los vencidos’ ante los milagros de los ‘hombres pálidos’ (el hombre-caballo, el cañón, los perros, etc.); la de demostrar el error de la ecuación ‘otredad’ = ‘inferioridad’, ecuación que “justifica la

21 A. Paternáin, *Op. cit.*, pág. 44.

22 A. Paternáin, *Op. cit.*, pág. 82.

conquista y la explotación. Ser ‘otro’ no significa sólo ser diferente, sino ‘diferente porque menos’: menos fuerte, menos inteligente... menos humano”²³. Muchos serían los ejemplos, con efecto cómico o satírico, que se pueden mencionar. Sin duda la descripción de las carabelas de Colón que los mitones entrevén en el océano entre la niebla contiene rasgos de las varias funciones de este tipo de escritura:

“Eran tres embarcaciones muy grandes y panzonas, como porongos del trópico. No sobrepasarían lo largo de la Limboy, pero ganaban en altura. Quienes las tripulaban debían ser criaturas primitivas que aborrecían el mar, pues habían derrochado madera para hacer unas especies de mangrulllos en donde viajaban sin salpicarse [...] Tenían unas telas enormes atadas a unos palos, como si fuesen inmensas alas de gaviota, en las telas unos dibujos y unas líneas trazadas sin arte [...] y se hallaban aún en esa etapa imitativa que la tribu mitona ya había superado por lo menos veinte generaciones atrás. ‘Usan todavía la fuerza del viento’, me dijo Yasubiré, no sin emoción, ‘pero el viento es la fuerza más pobre para navegar [...] Pobre gente, no han de llegar muy lejos’ [...] Empezábamos a distinguir a los salvajes que viajaban en esas máquinas. Llevaban sus cuerpos enteramente tapados por trapos multicolores y dejaban sólo al aire caras y manos [...] Eran de una palidez inusitada, como la de los enfermos [...] Los altos navíos iban plagados de objetos que usarían para ensalmos y hechicerías, y los hombres se movían sin parar, de un lado a otro, trabajando más y peor que los esclavos, hablando en idioma áspero, percutiente y enfático, que acompañaban con ademanes vivos, sin dejar de trabajar. Uno solo vimos que no trabajaba. Parecía el más pálido de todos, y tenía una expresión ansiosa y, a la vez, hondamente triste”²⁴. Otros pasajes expresan una sola de las funciones arriba mencionadas: el intento crítico al poner en relación significante y significado según van mirando y escuchando en el nuevo mundo, lo que les hace dudar, por ejemplo, si el nombre del animal que sigue fielmente al hombre que, en cambio, lo maltrata, es “moro, judío o perro”²⁵; el intento cómico lo encontramos en la descripción de la lucha de Oromboé con un toro, que no es otra cosa que la descripción ‘extrañada’ de una corrida²⁶ o en la simple parodia de fragmentos extraídos de las crónicas: “Excepto el caballo, sus animales son de apariencia mísera, sin belleza ni gracia, buenos únicamente para comer. No hay aves como en la tierra mitona, los gatos son caricaturas del yagareté, los perros, tristes remedos del puma”²⁷.

Pero, ¿cómo justificar la ausencia de este ‘descubrimiento’ en la Historia europea? ¿Cómo parodiar la Historia, escribir una Historia al revés, pero sin salirse completamente del campo ambiguo, inestable, culturalmente datado, pero reconocible, de lo verosímil histórico? ¿Cómo presentar una novela histórica que desmiente radicalmente las certidumbres de la historiografía? (recordemos que en 1980 el debate sobre los caracteres de la literatura posmoderna y sobre la nueva novela histórica latinoamericana estaba todavía

²³ Rosalba Campra, “‘Descubrimiento’ de América e invención del ‘otro’”, *La Torre* (nueva época), 1991, 17, pág. 82.

²⁴ A. Paternáin, *Op. cit.*, págs. 43-44.

²⁵ A. Paternáin, *Op. cit.*, pág. 60.

²⁶ A. Paternáin, *Op. cit.*, pág. 64.

²⁷ A. Paternáin, *Op. cit.*, pág. 63.

en cierne). Si era la vista el órgano que garantizaba la existencia y la veracidad de un hecho, era suficiente que los nativos de Uropei no vieran a los mitones: ¿cómo? Gracias a un fenómeno singular: en sus peregrinaciones por tierras y campos de España, los mitones iban protegidos por una densa niebla. Es esto un elemento que podría definirse fantástico y extraño respecto a las crónicas; podría, por lo tanto, contribuir a excluir este texto del género de la ‘nueva novela histórica’ hispanoamericana, según Seymour Menton²⁸, porque la alejaría demasiado del imaginario colectivo y del canon historiográfico de los siglos XV y XVI; pero no, la niebla es reconocida en la cosmovisión de la época como un elemento fundamental en el proceso de conocimiento o de encubrimiento de la nueva realidad: en 1572 Henry Hawks aseguró que había encontrado finalmente la Ciudad de los Césares, pero no había podido verla porque estaba protegida por las nieblas mágicas ‘creadas’ por los hechiceros indígenas²⁹ y hasta parece que la niebla era una característica constante de esa Ciudad³⁰ y de otros lugares del mito, que se negaban a ser vistos y reconocidos por extranjeros y potenciales enemigos. Paternáin quizás podría confirmar lo dicho por otro novelista americano, Carlos Droguett, que también en varias novelas se ha enfrentado con el Descubrimiento y la Conquista: “He aceptado como verdaderos episodios afirmados por los cronistas y negados por los historiadores. No podía proceder de otra manera, porque ello convenía al destino de mis personajes”³¹.

La utilización de la escritura ‘extrañada’ es, en estos contextos, paráfrasis de la afasia que sufre quien no posee el código dominante y viene a ser por lo tanto uno de los elementos más utilizados (junto al pastiche, a los anacronismos, a la parodia, al grotesco y otras técnicas ‘desrealizadoras’) en las que convenimos llamar ‘nuevas novelas históricas’, y al mismo tiempo es indicada como recurso de la posmodernidad para re-interpretar y re-escribir la Historia desde otras perspectivas. Por lo tanto, se ha hablado mucho de posmodernidad refiriéndose a la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX: pero, además de evidentes diferencias estructurales entre la realidad europea y la latinoamericana, que vuelven problemática la utilización del mismo metro hermenéutico y crítico, naturalmente de matriz europeo, no podemos olvidar que, en el caso específico de la escritura extrañada, en la literatura latinoamericana tiene vida propia e independiente y tiene sus arquetipos no en textos de ficción como en la literatura europea (Apuleyo, Montesquieu, Cadalso) sino en los mismos textos ‘historiográficos’ de las crónicas, textos fundacionales de la Historia y de la literatura latinoamericanas.

28 Cfr. Seymour Menton, *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

29 Francesco Surdich, *Verso il nuovo mondo*, Firenze, Giunti, 1991, pág. 167.

30 Fernando Ainsa, *De la Edad de Oro a El Dorado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, pág. 183.

31 Carlos Droguett, *100 gotas de sangre y 200 de sudor*, Santiago, ZigZag, 1961, pág. 13.